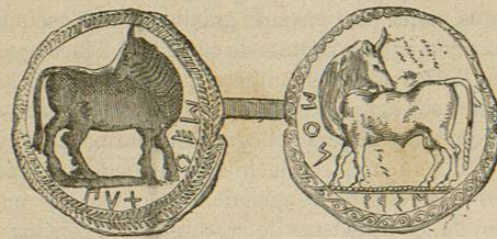


antiguos cráteres ó cuencas abiertas entre montañas, no tienen desagüe natural, y en la época de las grandes lluvias ó en la del deshielo amenazan de continuo inundar los campos inmediatos. Así el desbordamiento del lago de Albano, señal de la caída de Veyos, y los del lago Fucino, que solía elevarse á 16 metros y se acaba de desecar. Otros, como el lago de Bolsena, especie de mar interior que tiene 40 kilómetros de circunferencia, y el famoso de Trasimeno, resultan de un hundimiento del suelo (1). Las lluvias llenaron estas depresiones naturales, y como las montañas inmediatas son poco elevadas, sólo le envían el agua necesaria para compensar la pérdida producida por la evaporación. La mayor profundidad del lago de Trasimeno no llega á 30 pies, y así muy luego tendrá la suerte del Fucino.

Al O. y al S. cubren parte del litoral aguas estancadas formando, por decirlo así, el reino de la fiebre. Plinio el



Moneda de Buxento. (Véase más adelante la moneda de Síbaris.)

Joven habla de la insalubridad de las costas de la Etruria, donde volvía ya á comenzar la *Maremma*, que los etruscos habían desecado una vez. En el Lacio se había extendido el mar en otro tiempo hasta el pie mismo de los montes de Setia y de Priverno, á 16,000 metros de su orilla actual; y en tiempo de Estrabón, toda la costa de Ardea y de Antio era pantanosa é insalubre; más allá de Antio comenzaban las lagunas Pontinas. La Campania tenía los pantanos de Minturna y de Linterno, y más al S., los griegos de Buxento, de Elea, de Síbaris y de Metaponto tuvieron que hacer mil canales de desecación y saneamiento antes de meter allí el arado. La Apulia, hasta el Volturo, había sido una vasta laguna, como los países inmediatos á las bocas del Po hasta 100 millas al S. de su embocadura moderna. La Lombardia fué también mucho tiempo un pantano inmenso, y se atribuían á los etruscos los primeros diques



Moneda de Metaponto (2)

del Po. Las orillas del Trebia, los territorios de Parma, de Módena, de Bolonia, no se sanaron sino después de los trabajos de Emilio Escauro, que durante su censura (109) abrió canales de navegación entre Parma y Plasencia (3).

(1) Hay duda sobre esto en cuanto al Bolsena, que algunos viajeros y sabios consideran como un cráter.

(2) En el anverso lleva esta medalla la cabeza del héroe Lencipos, fundador de la ciudad; en el reverso una espiga y un pájaro posado en una hoja.

(3) Estrab., V., I. II. En 187 el cónsul Emilio Lépidio continuó la vía Flaminiana de Rímni á Bolonia y Plasencia, y de aquí á Aquilea. En 160, el cónsul Cetego recibió la misión de desecar las lagunas Pontinas (Tito Liv. Epit. XLVI).

Nada más bello, ni tampoco más pérfido, que esas llanuras de la *Malaria*: cielo límpido, tierra fecunda en que undula bajo las brisas del mar un océano de verdura; por dondequiera la tranquilidad y el silencio, y un aire dulce y tibio que parece dar la vida y no da sino la muerte. «En la *Maremma*, dice el proverbio italiano, se enriquece uno en un año, pero se muere en seis meses.»

... La Maremma  
*Dilettevole molto e poco sana.*

¡Cuántos pueblos en otro tiempo felices y poderosos duermen allí su último sueño! «Las ciudades también pueden morir,» *oppida posse mori*, decía el poeta Rutilio contemplando hace quince siglos las ruinas de una poderosa ciudad de Etruria.

Contener y dirigir las aguas fué, pues, para los italianos, como para los demás pueblos, no sólo un medio de ganar tierras para la agricultura, sino también una cuestión de vida ó muerte. Aquellos lagos en las cimas de las montañas, aquellos ríos saliendo de madre cada primavera ó cambiando de lecho, aquellos extensos remansos que bajo un sol ardiente tan pronto engendraban la peste, condenaban á los naturales á incesantes esfuerzos. En cuanto se detenían, lo que tan penosamente habían conquistado volvía á su primitivo estado. Hoy Bayas, el sitio de recreo de los nobles romanos; Pesto, con sus campos de rosas tan amados de Ovidio, *Teptidi rosaria Pesti*; la rica y deliciosa Capua, y Cumas, que fué un tiempo la ciudad más valiosa de Italia, y Síbaris, la más voluptuosa, están situadas en medio de aguas estantías y hediondas, en la llanura *febrrosa*, «donde la podrida tierra come más hombres que los que puede alimentar.» Los miasmas pestilenciales, la soledad y el silencio han recobrado también las orillas del golfo de Tarento, en otro tiempo cubierto de poblaciones; y la lepra y la elefantiasis muestran en la Pulla y en la Calabria las horribles enfermedades de las regiones intertropicales, donde divagan las *aguas salvajes*.

En la Toscana 190 kilómetros de costa, y en el Lacio 130 kilómetros cuadrados de tierra fueron abandonados á las influencias deletéreas. Esta vez la cólera del hombre ayudó á la de la naturaleza. Roma había arruinado la Etruria y exterminado á los Volscos; pero las aguas invadieron el país despoblado y ganando terreno poco á poco la *malaria* desde Pisa á Terracina, se extendió hasta la misma Roma, y la ciudad eterna expía ahora, en medio de su desierto y bajo un cielo insalubre la implacable guerra que hicieran sus legiones (4). En el punto en que se encontraban antes la *maremma* de Toscana y la de los Estados Pontificios se extiende la más triste soledad: ni una cabaña, ni un árbol, sino inmensos campos de asfodelo, la planta de los sepulcros. Un día, hace cincuenta años, hubo de hundir un buey con su paso lento y pesado una bóveda oculta bajo la hierba: era una cámara funeraria que se abría. Continuáronse las excavaciones y en poco tiempo salieron de ellas 2,000 vasos ú objetos de arte, reapareciendo así la civilización etrusca (5). Pero de la rica ciudad que había enterrado tales y tantas maravillas en sus sepulcros, ninguno de los

(4) Cicerón (De Rep. II, 6) decía de Roma: *Locum... in regione pestilenti salubrem*; y Tito Livio (V, 54): *Saluberrimos colles*.

(5) M. Noel de Vergers ha referido con elocuente emoción la impresión que sintió en una excavación que hizo en aquella misma necrópolis de Vulci: «Al primer golpe del pico cedió la puerta que cerraba la entrada de la cripta y la luz de las antorchas vino á alumbrar las bóvedas, donde nada había turbado la oscuridad ni el silencio por espacio de más de 20 siglos. Todo estaba aún en el mismo estado que el día en

historiadores de Roma había escrito el nombre, ni lo conoceríamos nosotros sin una inscripción que menciona su derrota y el triunfo de su vencedora (1). Los vulcianos habían dado la última batalla de la libertad etrusca. ¡Qué manos tan pesadas las de Roma y del tiempo y cuán florecientes ciudades destruyeron! Pero también ¡cuántas sorpresas reserva al porvenir el suelo italiano, cuando se aviente de él la *malaria* y las ciudades sacrificadas entreguen sus secretos (2)!

Tocando á los grandes Alpes y vecina de Africa, Italia tiene todos los climas y puede tener todos los cultivos. Bajo este doble concepto, divídese en cuatro regiones: el valle del Po, las faldas del Apenino vueltas hacia el mar de Toscana, las llanuras de la península y las dos puntas que la terminan (3).

Las Calabrias, la Pulla y una parte de la costa de los Abruzos tienen casi el cielo y los productos de Africa: un clima puro y seco, pero abrasador, y la palmera, que en Reggio suele madurar sus frutos, el áloe, el naranjo y el limonero; en las costas el olivo, que hace siempre la riqueza del país; más arriba hasta unos 600 metros, bosques de castaños, que cubren parte de la Sila. Pero de Pisa al centro de la Campania, entre el mar y las montañas, reina la *malaria*, y abandonado á los pastores y por lo mismo muy fértil, espera el suelo el trabajo del hombre para rendir lo que rendía en otro tiempo. Ya en la Toscana, el terraplén hace retroceder á la *maremma*, que va repoblándose en los puntos saneados.

Por encima de estas llanuras, en las primeras pendientes del Apenino, de la Provenza á la Calabria, se extiende la



Moneda de Populonia (4)

región de los olivos y moreras, de los madroños, de los mirtos, de los laureles y de la vid. La vid crece con tanto vigor que se eleva hasta la copa de los álamos que la so-

que se tapiara la entrada, y la antigua Etruria se nos aparecía como en los tiempos de su esplendor. En sus lechos funerarios, guerreros cubiertos con sus armaduras descansaban, al parecer, de los rudos combates que habían sostenido contra los romanos y contra nuestros antepasados los galos. Formas, trajes, telas, colores, fueron aparentes durante algunos minutos; luego todo se desvaneció á medida que el aire exterior penetraba en la cripta, donde nuestras vacilantes antorchas apenas alumbraban al principio. Fué una evocación del pasado que ni siquiera tuvo la duración de un sueño y desapareció como para castigarnos por nuestra temeraria curiosidad. Mientras aquellos débiles despojos caían en polvo al contacto, la atmósfera se hacía más transparente y nos vimos entonces rodeados de otra población guerrera debida á los artistas etruscos. Pinturas murales adornaban la cripta en todo su perímetro y parecía que se animaban al reflejo de las antorchas.»

(1) *Fast Capit.*, en el año 475. Triunfo de Coruncanios en 280 por las victorias conseguidas á los *Vulcianos* y *Volsinienses*.

(2) Estos insalubres países, donde oculta las ruinas una vegetación poderosa, defienden tan bien contra la curiosidad aún los monumentos que en ellos se encuentran, que hace un siglo no se conocían los templos de Pesto, y algunos años há ni las curiosas necrópolis de Castel d'Asso, de Norchia y de Soana.

(3) En la antigüedad prehistórica, estando Italia más cubierta de bosques y pantanos, era en ella más frío el invierno.

(4) En el anverso una cabeza de Minerva, ceñida de casco guerrero; en el reverso media luna con la palabra PVPLV en caracteres etruscos retrógrafos. *Puplu* era el principio de la palabra romana Populonia.

tienen, y en tiempo de Plinio mostrábase en Populonia una estatua de Júpiter tallada en un tronco de parrá. Más arriba, en la montaña, las nogueras, las encinas, las hayas; y luego los pinos, los alerces, la nieve mucho tiempo detenida y el viento glacial harían pensar en la Suiza, si no estuviera uno por todas partes inundado de luz, de esa luz deslumbradora del cielo de Italia.

Pero en el valle del Po, á la bajada de los Alpes, es donde el viajero recibe sus primeras y más dulces impresiones. Desde Turín hasta más allá de Milán tiene siempre á la vista en el horizonte la línea de ventisqueros que el sol poniente colora con vivas tintas de púrpura y hace resplandecer como un magnífico incendio que corriera á lo largo de las pendientes y en las cumbres de las montañas. A pesar de la cercanía de estas nieves eternas, el frío no desciende mucho á la llanura, y cuando el sol se hunde en el círculo inmenso del valle del Po, detenidos y reflejados sus rayos por la muralla de los Alpes, elevan la temperatura, y calores sofocantes suceden casi de súbito al aire glacial de las altas cimas (5). Pero la abundancia de las aguas, la rapidez de su curso, la dirección del valle que se abre sobre el Adriático y recibe todas sus brisas, refrescan la atmósfera y dan á la Lombardia el más delicioso clima. La inagotable fecundidad del suelo, abonado por el limo que tantos ríos le han traído, desarrolla por todas partes una vegetación poderosa. En una noche retoña la hierba cortada la víspera (6), y la tierra, no fatigada por ningún cultivo, nunca reposa.

Tal es el aspecto general de Italia. País de continuas oposiciones: llanuras y montañas; nieves y sol abrasador; torrentes impetuosos ó en seco; lagos de límpidas aguas en el fondo de antiguos cráteres y pantanos pestilentes, cuyas hierbas ocultan ciudades en otro tiempo populosas y florecientes. A cada paso un contraste: la vegetación africana al pie del Apenino; la vegetación del Norte en las alturas. Aquí, bajo el más puro cielo, la *malaria*, que mata en una noche al viajero dormido; allá, tierras de fecundidad inagotable (7), y más allá el volcán con sus lavas amenazadoras y terribles. Fuera de esto, en un espacio de algunas leguas, sesenta y nueve cráteres y tres ciudades sepultadas. Al N., ríos que inundan los campos y rechazan el mar; al S. terremotos que abren abismos y derriban formidables montañas. Todos los climas, todos los accidentes del suelo reunidos; en una palabra, la imagen reducida del antiguo mundo (8); y sin embargo, de una originalidad poderosa.

(5) Bajando de la cima del Gigante, donde habían permanecido 17 días, Saussure y su hijo se pusieron malos al entrar en la atmósfera abrasadora de los valles italianos. (Saussure: *Voyage dans les Alpes*.)

(6) *Et quantum longis carpent armenta diebus Exigua tantum gelidus ros nocte reponet.* (Virg., *Georg.*, II, 201.) Y Varrón (*De re rust.*) dice prosaicamente: «Dejad caer en la llanura de Rosea una horquilla y al día siguiente estará oculta bajo la hierba.»

(7) En la Etruria y en algunas otras regiones de Italia producía la tierra 15 por 1; en otras partes 10 (Varrón, *De re rust.*, I, 44.) La fertilidad del terreno de Síbaris y de Campania era proverbial 100 por 1.

(8) Esto puede sostenerse fuera de toda mira sistemática. ¿No tiene Italia el sol de Africa, el caos de los valles y montañas de Grecia y de España, los profundos bosques, llanuras y pantanos de la Galia, costas recortadas y puertos naturales como el Asia Menor, el valle del Nilo, en fin, en el del Po, ambos nacidos de su río, con su celta, sus lagunas y su gran ciudad marítima, Adria ó Venecia, Alejandría ó Damietta, según los tiempos? «Los vénetos, dice Estrabón (V, I, 5.), practicaron en sus lagunas canales y diques como los que se ven en el bajo Egipto.» En otro pasaje, Rávena le recuerda á Alejandría. Véanse en el cap. IV del libro VI las diferentes causas que asigna á la superioridad de Italia. Hasta se ha hecho constar que todas las formaciones geológicas están representadas en Italia, y bien que sus explotaciones mineras no sean muy activas, producen una exportación anual de 600,000 toneladas por valor de cien millones.